La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

Fisonomía de Marineda en un olvidado artículo de Emilia Pardo Bazán (1878)*

José Manuel González Herrán

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

RESUMEN

Entre octubre de 1875 y octubre de 1880, Emilia Pardo Bazán publicó en *El Heraldo Gallego. Semanario de Ciencias, Artes y Literatura*, que dirigía en Ourense Valentín Lamas Carvajal, más de cuarenta colaboraciones: poemas originales y traducidos, estudios históricos, reseñas críticas, ensayos de historia literaria, artículos de costumbres, crónicas..., en su mayor parte olvidados, y algunos merecedores de rescate. Así se hace aquí con "Galicia y sus capitales (Fisonomías cívicas). I. La Coruña", interesantísimo testimonio de cómo era entonces su ciudad natal: los barrios y sus gentes, el comercio y la industria locales, las consideraciones de índole histórico-artística, a propósito de los principales monumentos de la ciudad, principalmente su Torre de Hércules. Se trata, además, de un artículo de especial valor textual, como versión previa del titulado "Marineda", en *De mi tierra* (1888).

PALABRAS CLAVE: Emilia Pardo Bazán, Periodismo, A Coruña.

ABSTRACT

Between October 1875 and October 1880, Emilia Pardo Bazán published in *El Heraldo Gallego. Semanario de Ciencias, Artes y Literatura*, that was directed by Valentín Lamas Carvajal in Ourense, more than forty contributions such as original and translated poems, historical studies, reviews, essays about literary history, articles about customs, chronicles,... most of them forgotten and some of them deserving to be rescued. That is the way in which it was done in "Galicia y sus capitales (Fisonomías cívicas). I. La Coruña", a very interesting proof of how her city was at that moment: the neighbourhoods and the people, the local trade and industry, the different historical and artistic considerations in relation to the main monuments of the city, especially her "Torre de Hércules". It is also an article with a powerful textual value, as a previous version of the one entitled "Marineda" in *De mi tierra* (1888).

KEY WORDS: Emilia Pardo Bazán, Journalism, A Coruña.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: HUM2007-65117), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, que dirijo en la Universidad de Santiago de Compostela.

Como es sabido (Clemessy 1972: 729-762; Freire López 2003: 119-122 y 2005), tras esporádicas colaboraciones en algunos periódicos de Galicia (*El Progreso*, de Pontevedra; *El Almanaque de Galicia*, de Lugo; *Revista Galaica*, de A Coruña), la joven Emilia se inicia como redactora habitual en *El Heraldo Gallego. Semanario de Ciencias, Artes y Literatura*, que dirigía en Ourense Valentín Lamas Carvajal. Entre octubre de 1875 y octubre de 1880, su firma aparece en más de cuarenta ocasiones, con poemas (originales y traducidos), estudios históricos, reseñas críticas, ensayos de historia literaria, artículos de costumbres, crónicas (Sotelo Vázquez 2007): variedad genérica que cabría interpretar como muestra de una vocación literaria aún no definida, pero que acaso sea más bien indicio temprano de la universal curiosidad que caracterizará su producción.

Entre los géneros que la joven autora comienza a explorar en estos años está la literatura de viajes, a la que dedica su primer escrito extenso, aún inédito (González Herrán 1999), y que, pasando el tiempo, constituirá una de las vetas más interesantes de su amplia producción (Freire López 1999; González Herrán 2000). A esta modalidad pertenece –aunque no lo parezca– el ensayo que aquí rescato: como he escrito en otra ocasión, "a propósito dalgúns textos xuvenís (...), referidos á cidade natal da nosa escritora, ou a outros lugares do seu país galego, cabería formula-la cuestión de se deben considerarse «escritos de viaxes» aqueles que se ocupan do contorno propio do autor; aínda que non o coñeza como viaxeiro, senón como residente ou nativo, a maneira que ten de mostralo ou describilo non se diferencia moito da propia daquel xénero: son guías de forasteiros cuns obxectivos que hoxe cualificaríamos de turísticos" (González Herrán 2000: 39-40).

"Galicia y sus capitales. (Fisonomías cívicas). La Coruña" es una serie de cinco entregas, aparecidas entre diciembre de 1878 y enero de 1879 en el citado semanario ourensano. A pesar de lo que anuncia su título –y confirma el párrafo inicial–, no nos consta que esa serie de "fisonomías cívicas" continuase (ni en esta ni en otra publicación periódica) con las dedicadas a los demás capitales gallegas; ni menos que alcanzase a escribir el libro que ahí demanda ("El que con exactitud e inteligencia estudie las poblaciones gallegas, podrá componer un libro útil cuanto sabroso; libro cuya dificultad y mérito superarán al de las muchas obras ya escritas acerca de París, Londres y demás grandes centros del mundo civilizado"). Con todo, resultan evidentes las pretensiones científicas, ya sugeridas por el término *fisonomías*, de este estudio, que pretende –nada menos– que "escudriñar a fondo su verdadero carácter, sus elementos morales, su espíritu".

Parece indudable el interés de estos artículos. Ante todo, por su testimonio de cómo era entonces la capital coruñesa: la autora nos ofrece un panorama –entre urbanístico y sociológico– de su ciudad natal, cuyos barrios y clases describe con detalle: la situación del comercio y la industria locales, las deficientes comunicaciones, la queja por el atraso del país; y como en toda *guía turística*, encontramos las inevitables referencias de índole histórico-artística, a propósito de los principales monumentos de la ciudad, en especial su Torre de Hércules; sin que falten las comparaciones alusivas y referencias a lo que conoce por sus viajes al extranjero: la *concha* de su bahía "recuerda a la perspectiva de Nápoles", el tráfago de su puerto comercial, el de Trieste, "la ciudad que he visto [en su viaje de 1873] más semejante a esta en que *nací*"; y al comentar "la calidad y perfección de la manufactura e industria coruñesa" rememora lo que vio en la Exposición Universal de Viena (en aquel mismo viaje).

Pero, además, esta serie tiene un especial valor de índole textual, por su relación con "Marineda", artículo recogido en *De mi tierra* (1888) y del que sin duda es una primera versión. En efecto, como he señalado en otra ocasión, su base está en "aquel longo traballo de 1878-1879 dedicado á súa cidade natal –co novo nome que para ela acuñara–, pero moi reelaborado. Á parte dos importantes cambios e sucesos acaecidos neses dez anos (entre eles, a chegada do ferrocarril), a comparación entre ámbolos textos manifesta a maduración da arte literaria da súa autora; quen, por outra banda, a estas alturas recreara esa paisaxe urbana e social nalgúns contos e na súa novela *La Tribuna* (1883)" (González Herrán 2000: 48). Pero en todo aquello que "Marineda" dedica a la organización urbanística y social de la ciudad, su historia, comercio, industria, monumentos, costumbres, la deuda con el trabajo de diez años antes resulta evidente: de él "proceden datos, ideas e parágrafos reproducidos con escasas modificacións: cómo era o Barrio da Pescadería segundo o testemuño dunha vella mendiga, a lufada que adoito azouta a cidade, os pestilentes cheirumes, a comparación co porto de Trieste ou cos monumentos de Compostela. A semellanza acentúase nas últimas páxinas (a Torre de Hércules, a xesta de María Pita, os burros de aluguer, os días de mercado...), que reproducen case sen cambios as dúas últimas entregas de *El Heraldo Gallego*" (González Herrán 2000: 48).

Por todo ello parece justificado el rescate de estos artículos (casi olvidados, pues nunca se han reimpreso desde su primera aparición, hace más de 130 años), que reproduzco sin otras modificaciones que las imprescindibles para corregir alguna errata o para adaptar su puntuación y ortografía a

las actualmente vigentes. Las notas que añado son de índole textual (para señalar y corregir erratas o errores ortográficos), léxica (para explicar o traducir ciertos términos), literaria (para identificar algunas alusiones o citas), y específicamente pardobazaniana (para señalar correspondencias con otros textos suyos; en particular, con el artículo "Marineda"). Dejo para un buen conocedor de la historia local coruñesa (urbanismo, arte, industria, sociología, fiestas, costumbres, lugares, tipos...) la tarea de anotar y comentar las curiosas noticias e informaciones que sobre su ciudad natal ofrece la autora.

Concluyo agradeciendo a Cristina Patiño Eirín, su inapreciable ayuda en la transcripción y anotación de estos artículos; y a Marisa Sotelo Vázquez, que desde hace tiempo prepara la recuperación y estudio de todos los artículos de Pardo Bazán publicados en *El Heraldo Gallego*, además de algunas útiles informaciones, su generosa actitud al aceptar que yo publique aquí esta primicia.

El Heraldo Gallego.

TOMO VI.—NÚM. 19. — ANUNCIOS: á precios convencionales. Número suelto, un real.

REVISTA LITERARIA. Director propietario, VALENTÍN L. CARVAJAL. Administracion, Lagasca 18. ORENSE.—JUEVES 5 DE NOVIEMBRE DE 1878.

AÑO V.—NÚM. 212. — SUSCRICION: 5 pesetas trimestre en toda España.

SUMARIO.—Galicia y sus capitales (6 cuadros típicos), por Emilia Pardo Bazan.—Efemérides de Galicia.—Miscelánea.—Revista local.—Anuncios.

GALICIA Y SUS CAPITALES.

(FISONOMÍAS CÍVICAS).

Neque flere, neque ridere, sed intelligere.

I.

LA CORUÑA.

POR

Emilia Pardo Bazan.

El que con exactitud é inteligencia estudie las poblaciones gallegas, podrá componer un libro útil cuanto sabroso: libro cuya dificultad y mérito superarán al de las muchas obras ya escritas acerca de París, Lóndres y demás grandes centros del mundo civilizado, como los viajes de descubrimientos por desconocidas comarcas venceu en interés y gloria á los hechos al través de regiones cruzadas de ferro-carriles y recorridas de viandantes. Hago esta reflexion, no para mi mismo, que harto me se lo que voy diciendo, sino para escitar á quien posea, en mayor grado que yo, libertad, diligencia erudicion y tiempo, á que consagre todo ello á un estudio que prometo, en cambio del trabajo y paciencia invertidos, no escaso deleite y enseñanza.

Apenas me ha sido dado percibir mas que la fisonomía de las principales ciudades de Galicia, nunca ensañar á fondo su verdadero carácter, sus elementos morales, su espíritu. De suerte que lo que veo, cuando pienso en alguna, es lo que se ofrece al sentido: el contorno y el color. Cambia este tanto en todas ellas, que ya por sí solo les imprime el sello de una individualidad marcada y poderosa; á lo cual contribuye la rica diferenciacion

El Heraldo Gallego, 5 novembro [sic], 1878.
Biblioteca da Real Academia Galega.

BIBLIOGRAFÍA

- Clemessy, N. (1973): *Emilia Pardo Bazán, romancière (La critique, la théorie, la pratique)*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques; trad.: *Emilia Pardo Bazán como novelista* (1982), Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.

- Freire, A. Mª (1999): "Los libros de viajes de Emilia Pardo Bazán: el hallazgo del género en la crónica periodística", en S. García Castañeda (ed.): *Actas del Simposio Internacional de Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia, pp. 203-242.

- _____ (2003): "La obra periodística de Emilia Pardo Bazán", en A. Mª Freire (ed.): *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán*. Actas de las Jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, pp. 116-132.

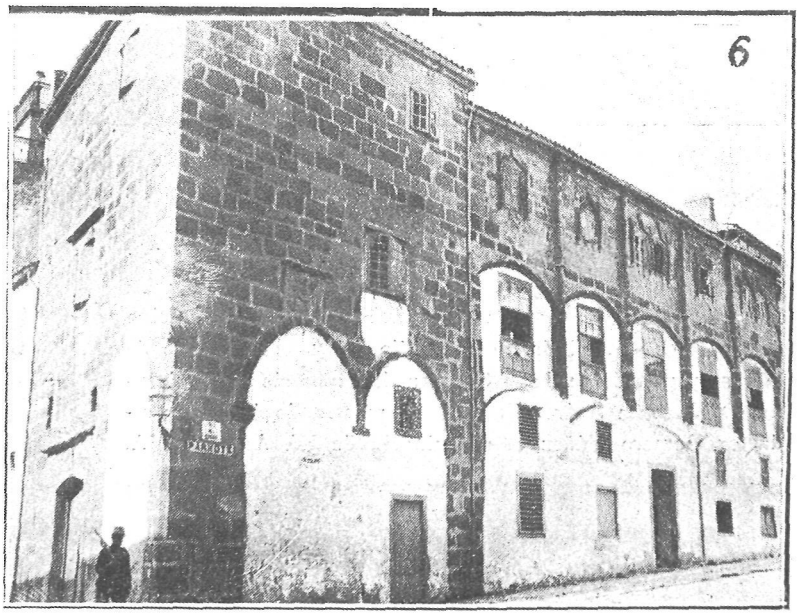
- _____ (2005): "Emilia Pardo Bazán: Periodismo y literatura en la prensa: Estado de la cuestión", en J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela (eds.): *Actas del Simposio "Emilia Pardo Bazán: estado de la cuestión"*, A Coruña, Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, pp. 15-32.

- González Herrán, J. M. (1999): "Un inédito de Emilia Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra* (1873)", en S. García Castañeda (ed.): *Actas del Simposio Internacional de Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia, pp. 177-187.

- _____ (maio 2000): "Andanzas e visións de dona Emilia (A literatura de viaxes de Pardo Bazán)", *Revista Galega do Ensino*, nº 27, pp. 37-62.

- Pardo Bazán, E. (1888): "Marineda", en *De mi tierra*, A Coruña, Tip. Casa de la Misericordia; citamos por la reedición en Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1984, pp. 265-287.

- Sotelo Vázquez, M. (2007): "Las publicaciones de Emilia Pardo Bazán en *El Heraldo Gallego*: la forja de su personalidad literaria", en J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela (eds.): *Emilia Pardo Bazán: "El periodismo". Actas del III Simposio*, A Coruña, Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, pp. 203-231.



Antigo palacio no Parrote, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega

La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

GALICIA Y SUS CAPITALES

(Fisonomías cívicas)

Neque flere, neque ridere, sed intelligere[1]

I

LA CORUÑA

por

Emilia Pardo Bazán

El que con exactitud e inteligencia estudie las poblaciones gallegas, podrá componer un libro útil cuanto sabroso: libro cuya dificultad y mérito superarán al de las muchas obras ya escritas acerca de París, Londres y demás grandes centros del mundo civilizado, como los viajes de descubrimientos por desconocidas comarcas vencen con interés y gloria a los hechos a través de regiones cruzadas de ferrocarriles y recorridas de viandantes. Hago esta reflexión, no para mí misma, que harto me sé lo que voy diciendo, sino para excitar a quien posea, en mayor grado que yo, libertad, diligencia, erudición y tiempo, a que consagre todo ello a un estudio que promete, en cambio del trabajo y paciencias invertidos, no escaso deleite y enseñanza.

Apenas me ha sido dado percibir más que la fisonomía de las principales ciudades de Galicia, nunca escudriñar a fondo su verdadero carácter, sus elementos morales, su espíritu. De suerte que lo que veo, cuando pienso en alguna, es lo que se ofrece al sentido: el contorno y el color. Cambia este tanto en todas ellas, que ya por sí solo les imprime el sello de una individualidad marcada y poderosa; a lo cual contribuye la rica diferenciación de nuestra naturaleza, y los matices de un clima benigno en general pero en particular muy vario y distinto.

Acaso entre todas las ciudades gallegas sea la Coruña[2] la más difícil de conocer y estudiar interiormente. Fórmanla una multitud de las que hoy se nombran

[1] Cita –incorrecta– del *Tratado político*, de Baruch Spinoza (1632-1677): "non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere ["no reírse, no lamentarse, no maldecir, sino comprender"].

[2] A lo largo de todo el texto, Pardo Bazán escribe así (el artículo femenino, con minúscula) el nombre de su ciudad natal. Excepcionalmente –acaso por errata, explicable por la pronunciación gallega del tipógrafo orensano– un par de veces aparece la grafía 'Curuña'.

capas sociales, enteramente heterogéneas; yuxtapuestas, pero nunca fundidas ni armonizadas. La gente de extramuros Santa Lucía, Garás, no se parecen en lo más mínimo a los barrios centrales, comprendidos en la *Pescadería*: a su vez estos no se asemejan a lo que por antonomasia viene llamándose *Ciudad*[3]. Son tres pueblos moralmente separados, y casi celosillos y malquistos los unos de los otros. Descompongámoslos, para analizarlos en sus factores primos.

Los barrios extramuros se tienden como una prolongada cola de cometa cuyo término no se distingue, y se desparraman por la campiña dejando flotar aquí y acullá caprichosas hebras de caserío, con huertas de cultivo primoroso. Naturalmente, el elemento campesino domina, pero va batiéndose en retirada para dejar sitio al obrero, que se apiña en torno a las fábricas, y habita lo más lejos posible del corazón de la ciudad, donde los alquileres son relativamente exorbitantes. Al caer de la noche, de vuelta de un largo paseo, he visto con frecuencia legiones de operarias de la fábrica de tabacos, que asidas a la usanza del país, por lo dedos meñiques, y cantando unas veces melancólicas tonadas populares, y otras veces coplillas de sabor fuerte, se encaminaban a sus lejanos albergues, a media legua de distancia.

En cuanto a la Pescadería, compónela un elemento ya transformado, que es el que su nombre indica: el marinero. Una vieja mendiga que yo conozco, y cuya edad subirá poco de los noventa, recuerda haber visto la calle de San Andrés, compuesta exclusivamente de casas terrizas de un solo piso, viviendas de pescadores[4]. La piadosa y devota capilla de San Andrés tan venerada aún hoy, da testimonio de la época en que la gente de mar se agrupaba en aquella zona. En el día es la calle de San Andrés la segunda en importancia con que cuenta la Coruña: tienen sus casa numerosos pisos, más quizá de lo que quisieran las piernas de sus habitantes y el comercio y los almacenes cubren con escaparates mejor o peor surtidos el lugar donde ayer colgarían las redes y aparejos. La ola invasora de la industria barrió los primitivos moradores, o acaso fueron estos dejando la bronca y azarosa existencia marítima, por una granjería y labor más apacible. En esta gran familia industrial pueden también notarse tres especies perfectamente definidas: las de los meros operarios, oficiales o dependientes,

[3] Es decir, la *Ciudad Vieja*.

[4] En "Marineda" reutiliza ese párrafo: "El Barrio de Abajo, o sea la Pescadería, fue, como lo indica su nombre, hijo del mar. Una vieja mendiga que conocí y cuya edad subía algo de los noventa, recordaba haber visto la calle, hoy segunda en importancia de Marineda, compuesta exclusivamente de casas terrizas de un solo piso, viviendas de pescadores".

que están en potencia propincua de ascender, cuando menos se precaven[5], al grado superior; la de los patrones de taller o dueños de tienda abierta; y la de los negociantes en amplia escala, propietarios de manufacturas[6], lanzados ya en el mar proceloso de las arriesgadas especulaciones.

Por lo que respecta a la Ciudad, créese generalmente que en su recinto se encierran casas solariegas, pertenecientes a familias señaladas en la historia y blasón gallego: mas en verdad que, de estas son contadísimas las que existen, pudiendo citarse como único notable el solar de los Camarasas, hoy Instituto de segunda enseñanza. Está la Ciudad, en rigor, dividida entre dos elementos, o casi diremos tres: la Audiencia, el Cabildo y la Capitanía general. Los dos últimos son restringidos y escasos necesariamente; el primero cuantiosísimo y dominante. Asomándose a una ventana cualquiera de las que caen a las sosegadas calles y plazuelas de la Ciudad, se ve la turba de mancebillos curiales ir y venir como afanosas abejas, llevando bajo el brazo mazos de expedientes y procesos, que suelen deponer para reñir entre sí a mojicón limpio o guijarro pelado.

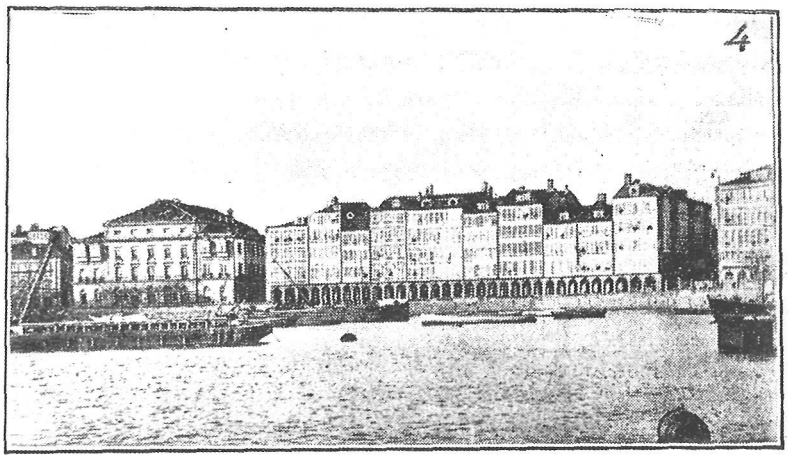
Seguramente debe la Ciudad su fama de hidalga y linajuda al aspecto peculiar que le imprimen los tres indicados elementos. Supóngase cualquiera unas calles cuasi solitarias, en las que la yerba asoma tímidamente sus penachos verdes y en que se proyecta la sombra de grandes edificios y vetustas casas, irregulares en su construcción, pero desahogadas y huérfanas de todo asomo de movimiento comercial. Por tales lugares, no menos silenciosos que el *mustio collado* del poeta[7], transita algún sacerdote, de graves y plegados manteos, algún abogado, cuyo semblante puso descolorido la asiduidad al bufete, y como relámpago de color y luz, algún oficial de brillante y charro uniforme. Todo lo cual no hay duda, respira e infunde cierta solemnidad y decoro, semejante a la impresión que causan los vastos claustros, las grandes galerías de retratos de familia, los salones desamueblados en que cada sonido retumba con eco singular y profundo. No sé dar idea más clara del efecto que produce la ciudad[8].

[5] Corrijo la errata (o error ortográfico): precaben.

[6] Corrijo la errata: menufacturas.

[7] "Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado...": versos de la canción "A las ruinas de Itálica", de Rodrigo Caro (1573-1647).

[8] *El Heraldo Gallego* / Tomo VI, num. 54 / Revista literaria. *Director propietario*: Valentín L. Carvajal. Administración, Lepanto 18. ORENSE.- Jueves 5 de noviembre [*sic*, por 'Diciembre] de 1878. / Año V, nº 292, pp. 425-427.



A Mariña, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.

Rúa Panadeiras, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.

La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

GALICIA Y SUS CAPITALES

(Fisonomías cívicas)

I

LA CORUÑA

por

Emilia Pardo Bazán

(*Continuación*)

Así es que los domingos a la tarde, cuando un grupo de risueñas muchachas artesanas que corretean libres y gozosas como pájaros escapados de la jaula, se proponen en vez de coger conchas en Riazor o gustar agua fresquísima en el cerro de Santa Margarita[9], pasearse a través de la Ciudad, que les brinda el recogimiento de sus misteriosas iglesias, y el recreo de su jardín melancólico, colgado sobre las olas bramadoras, flanqueado[10] por un hospital y un cuartel, y ornado con un sepulcro[11], cuando tal se proponen, digo, son de oír[12] sus exclamaciones de pena y lástima hacia los habitantes de lo que ellas creen una calificada Tebaida, una Trapa[13] verdadera. Dieran ellas el salario de la semana y *ainda mais*[14] su moño más lindo, por no verse en semejante desierto cautivas. ¡Pobres criaturas! No hay en la ciudad, ciertamente, el bullicio que apetecen los pocos años; pero ¡ay! la tumba no cuenta las visitas[15] que recibe, y que le envían la insalubridad, la aglomeración, la miseria de los barrios industriales. En la ciudad, el terreno disponible abunda mucho más que en la Pescadería: los alquileres por efecto de la menor demanda, son harto módicos, y el aire, el aire vital, el aire que mantiene y consuela, no falta en las moradas pobres.

[9] Cfr. en "Marineda": "Entusiasmábame [de niña] coger conchas en la playa de Riazor; beber agua fresquísima en el cerro de Santa Margarita" (271).

[10] Corrijo la errata: flanqueados.

[11] El sepulcro de Sir John Moore. Cfr. en "Marineda": "el melancólico *square* de mi barrio, desnudo de vegetación, dominando las olas bramadoras, flanqueado por un hospital y un cuartel, y adornado con un sepulcro" (271).

[12] Corrijo el uso de las comas: cuando tal se proponen, digo son de oír.

[13] En La Tebaida, región desértica del alto Egipto, proliferaron en los primeros siglos de la Cristiandad los ermitaños y anacoretas. La Trapa es una orden monástica, surgida como una derivación del Císter, y que sigue estrictamente la regla de San Benito.

[14] 'aún más'.

[15] Corrijo la errata: víctimas.

El otro aire, el que sopla, hostiga y desespera: el que arrebata sombreros, vuelve paraguas y arranca tejados, es el huésped más asiduo e impertinente de la Coruña. Un maligno Eolo, enemigo[16] sin duda de los primitivos brigantes[17], sentó sus reales en los puntos más concurridos de la población, y días hay en que se requiere cierto ánimo y energía para cruzar las boca-calles. Por más que con las obras del malecón, diques y embarcaderos, el mar se ha retirado, yéndose a cobrar en alguna lejana costa el terreno que le robó la Coruña, sigue el viento azotando con furia la ciudad y haciendo retemblar y crujir desapaciblemente los cristales de sus millares de galerías[18].

No hay otra tacha que poner al clima de la Coruña, sino tan destemplado y terco viento: por lo demás, ni es en extremo lluvioso, ni frío en demasía, ni con exceso caliente. Carece el celaje del azul intenso y profundo que ostenta en el mediodía de España, pero es claro y vivo, un tanto crudo y descarnado en los tonos de la luz, que a poco que la refracte una tapia o pavimento, se torna implacable. Graciosa es y gentil en su forma la península coruñesa, contorneada en suaves auras, en elegante concha por la parte que mira al puerto y bahía; concha cuyo diseño recuerda la perspectiva de Nápoles. De noche, la Coruña gana extraordinariamente. Apaciguado el tráfago del comercio, que suele señalar con regueros de almazarrón y saturar con efluvios de aguardiente de caña las calles mejores; encendido el excelente y brillante gas, calmado y manso el viento y serena la bahía, que copia en sus ondas trémulas las luces prolongándolas en múltiples rieles, reviste la Coruña la poesía inimitable de las medias tintas del

[16] Corrijo la errata: enemigos.

[17] Es decir, "brigantinos" ('propio de La Coruña o relativo a ella', según el *DRAE*), a partir de *Brigantium*, nombre antiguo de la capital.

[18] También en "Marineda" alude al furioso viento coruñés: "Marineda, en mi niñez, era un navío en cuyos cordajes y arboladura no cesaba de engolfarse, de silbar, de rugir, la furiosa ventolera. Había sitios por donde era absolutamente imposible transitar en horas y días dados: boquetes donde el hálito de un millar de gigantes barría al incauto que en ellos se aventuraba. El mar, loco de espanto, escupía los barcos a la costa; volaban chimeneas y aun tejados enteros; hasta se cuenta que voló un procurador, quedando medio hecho tortilla. Hoy, con las nuevas edificaciones y las obras del puerto, los vendavales han disminuido y se goza de cierta seguridad relativa, no estando comprendidos en ellos los paraguas, sombreros, manteos, sayas y otras prendas difíciles de manejar cuando sopla Eolo" (272).

alejamiento, de la sombra. Lo propio noté en Trieste[19], la ciudad que he visto más semejante a esta en que nací. Comercial asimismo, no es Trieste de día sino un vaivén molesto y enfadoso de toneles, de carro-matos, de cargadores que trasladan fardos, de marineros holandeses con ancha pipa de barro en la boca, de israelitas sórdidamente vestidos, que negocian con actividad febril. El polvo se arremolina en las calles, huele a añil, a cacao, a petróleo; el sol quema, y la ruda brisa marina fatiga el rostro. Pero apenas resplandecen las estrellas en el cielo oscuro, dijérase que benéfica maga roza con su varita la frente de la ciudad laboriosa, volviéndola de cenicienta tiznada en princesa cubierta de galas y atavíos.

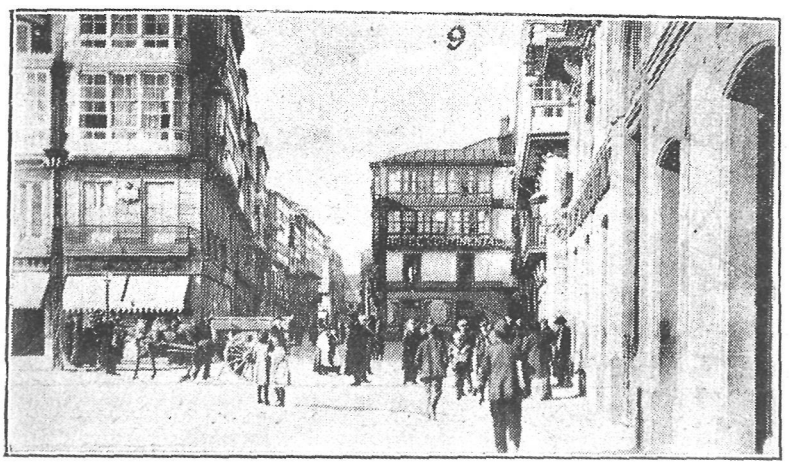
Entonces se balancea y recorta airosa en la atmósfera, ya tranquila, la esbelta arboladura de los buques surtos en el puerto, y se columpia el farol de colores varios que pende de la verga de mesana; en los escaparates centellea la bisutería y se despliegan[20] las sedas ricas, ilumínanse las fachadas de los teatros, y las triestinas, mitad italianas y mitad austriacas, salen a gozar del frescor de la benigna noche[21].

(*Continuará*)

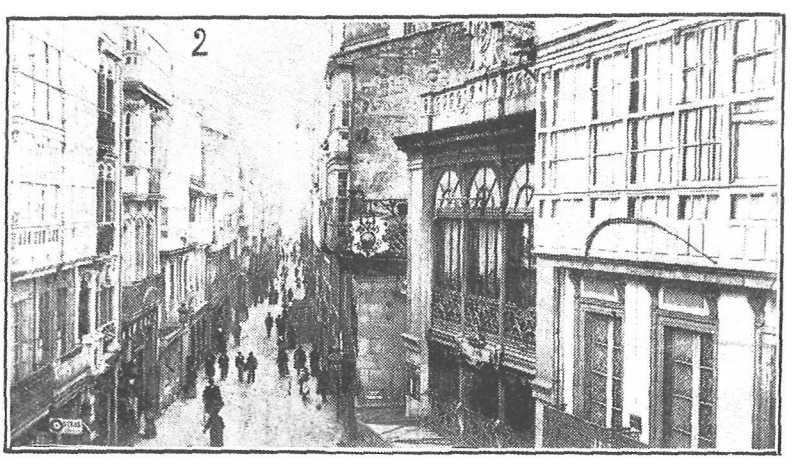
[19] Cfr. lo que escribe al respecto en sus *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra*, a su paso por Trieste, en la primavera de 1873: "Es Trieste, a lo que he podido juzgar entrando, una ciudad muy poco interesante para el artista; no hay allí ni una sola de esas viejas piedras que tanto me gustan y por las cuales se andan a veces filosóficamente muchas leguas. Trieste es un comerciante; como puerto franco, hace el tráfico en grande y con fe; su muelle polvoroso está a todas horas erizado de grandes carros de transporte, de carretas, de pipas, fardos, enormes sacos líos de cuerdas. El lado pintoresco de todo este caos (preciso es encontrar alguno, a semejanza de las abejas que hacen dulce miel de las más nocivas flores) es sin duda alguna el aspecto cosmopolita que a él debe Trieste. Griegos de largos cabellos negros y rizados, de puro y noble tipo, con la graciosa chaquetilla y su falda blanca menudamente plegada, alternan con graves armenios y sagaces judíos, de volteriana fisonomía. Pero ni los griegos ni los armenios ni los hijos de Israel tienen el poder de evitar que Trieste sea un océano de polvo, un purgatorio de calor y una prosaica ciudad". También en "Marineda" reitera la comparación: "A semejantes horas [las de la noche], Marineda se parece bastante a Trieste" (273).

[20] Corrijo la errata (o error): despliegan.

[21] *El Heraldo Gallego* / Tomo VI, num. 58 / Revista literaria. *Director propietario*: Valentín L. Carvajal. Administración, Lepanto 18. ORENSE.- Miércoles 25 de Diciembre de 1878. / Año V, nº 296, pp. 449-450.



Cantón Grande, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.



Rúa Real, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.

La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

GALICIA Y SUS CAPITALES

(Fisonomías cívicas)

I
LA CORUÑA

por

Emilia Pardo Bazán

(*Continuación*)

Aventaja Trieste a la Coruña en que el mar, el sonoro Adriático, se ciñe y arrima de tal suerte a la población, que besa con sus olas el borde mismo del paseo en que se espacian los habitantes, y como el puerto es completo y profundo, puédense tocar con la mano desde el muelle los mástiles de las embarcaciones. En la Coruña, el majestuoso vecino, el Cantábrico gemidor, está como aislado, y los barcos de alto bordo, a razonable distancia de la orilla. Los nuevos muelles y espolón han contribuido no poco a desceñir la faja de esmeralda que circuía a la Coruña. El agua, perseguida, retrocede, no sin protestar de tiempo en tiempo reapareciendo a chorros en algún sótano o excavación. Desde los paseos públicos no se divisa el mar, y cierto que es gran lástima: percíbese en cambio su presencia por un timbre especial que tiene la vegetación de los árboles. ¡Cómo se progresa en todo, y particularmente en esto de paseos! Acuérdome yo, sin contar muchos años, del tiempo en que sólo poseía la Coruña dos paseos estrechos y míseros. Era uno el *Cantón*. Empedrado con duras losas, hería el pie menos sibarita; a la marea baja un olor fétido, el olor de las algas descompuestas por la acción del sol, mezcla de yodo y amoniaco, venía a regalar las narices de los paseantes[22]: y unos bustos toscos y mal colocados, faltos siempre de narices merced a la travesura de los pilluelos, eran el único ornato que decoraba su recinto. El otro lugar de solaz se conocía por *Alameda*. Formábanle dos o tres avenidas de árboles, asaz angostas, y no nada largas, que cerraban, a la izquierda, un sombrío paredón de baluarte, a la derecha las casuchas pecosas e irregulares de la calle llamada de las

[22] Cfr. en "Marineda": "En mi niñez, recuerdo que Marineda apestaba mucho: el vaho fétido de las algas en descomposición la envolvía por todas partes. Desde que se ganó al mar el terreno del Parque, ha mejorado de ambiente" (273).

Bestias. Pues cate usted que estos dos parajes, tan mezquinos y faltos de amenidad como los pinto, eran la delicia de los coruñeses. Puntualmente se llenaban[23] cada día de la semana, a hora fija, las dos de la tarde en invierno, las seis en verano, de una concurrencia que los domingos y fiestas de guardar ascendía a multitud. Y reinaba (como rezan las descripciones oficiales) la mayor compostura y júbilo; ya nadie soñaba, ni por los cerros[24], en que se pudiera pasear de otra guisa y en otro sitio. Pero hete aquí que la ambición, la negra honrilla, el espíritu del siglo, lo que ustedes gusten, inspiró a la ciudad el afán de poseer un verdadero *square*[25] y un salón paseo real y efectivo; y fue construido ni sin grandes desembolsos y trabajos el hermoso, el vasto, el ameno parque de Méndez Núñez, desde cuya fecha, nadie pasea en la Coruña.

La anomalía existe: ¿a qué se debe? En mi concepto, a varias causas, siendo la primera la misma extensión del parque. En toda provincia el círculo de relaciones es reducido, los esparcimientos contados, y la gente toma el paseo como pretexto para tropezarse forzosamente con las personas de su trato y revistar a la vez las notabilidades de la población entera. Ahora bien, en los modernos parques, tan extensos y caprichosos en sus sendas, la concurrencia se desparrama, se divide, y ya no hay aquel darse de manos a boca con unas mismas personas diez o doce veces en hora y media. Con lo cual los paseantes de *diversión,* que forman la mayoría, desertan aburridos, y queda sólo la minoría exigua que pasea por higiene, y la infancia brincadora y regocijada. Los enormes parques del mismo Londres, maravillosos por su lozana vegetación, por su trazado inteligentísimo, suelen no ser frecuentados sino de niñeras y *babies*, y la muchedumbre elegante se cita para girar en una sola estrecha avenida.

Contribuye también en la Coruña el desarrollo de la industria y comercio a que el paseo público languidezca. Durante toda la semana, la población trabaja: los domingos prosigue con trabajar y vender hasta las tres, generalmente: y la tarde la invierte según Dios le da a entender, los hombres en cafés y Casinos, las mujeres llevando a sus hijuelos a solazarse con las bandas de música, los *Tíos vivos*, y otros placeres al aire libre. La Coruña, que como hemos visto en las primeras páginas de este rápido boceto, se compone de elementos heterogéneos, tiende sin embargo a encontrar la fórmula de su unidad en el movimiento industrial y

[23] Corrijo la errata: llamaban.

[24] Aunque la alusión parece confusa, acaso evoque el dicho "irse por los Cerros de Úbeda".

[25] Nótese el empleo del anglicismo *square* ('plaza'), para designar un parque o paseo ajardinado.

mercantil. Mucho dista de haberla hallado todavía: decir otra cosa fuera adular y el ciudadano no debe a su patria triviales lisonjas, sino la verdad que fortifica e ilustra. En primer lugar, carecen la Coruña y Galicia de la red de ferrocarriles, que debiera enlazarlas entre sí, con Portugal y con el resto de España: y sin estas vías de circulación, el organismo comercial moderno no funciona. Harto comprendo que no es imputable a Galicia su malaventura y postergación, si bien en el reparto de las causas de su desdicha corresponde parte alícuota a las condiciones del carácter regional, pero el determinar cuál sea pide algún detenimiento, y no es de este lugar y circunstancia[26].

Bien es verdad que posee la Coruña la comunicación marítima; mas esta es de suyo irregular y expuesta a contingencias. La condición del comercio, de dar con una mano y recibir con otra, no puede llenarse sino tendiendo la diestra al interior y al exterior la siniestra; exportando e importando. Las fábricas locales, en particular, no viven con lo que la Coruña sola puede consumir: al extranjero dicho se está que no exportan, puesto que en lo tocante a manufactura, salvo contadísimos ramos, el extranjero es maestro y señor, no sólo de Galicia sino de España. La exportación, tiene pues que concretarse al interior únicamente. Santiago, por ejemplo, pudiera surtirse de la cristalería coruñesa si un ramal de ferro-carril facilitase las relaciones entre ambas ciudades. Pero Santiago recibe[27] cristal francés, inglés y aun asturiano, fácilmente, por Carril; no ha de acudir a galeras y carro-matos para llevar el de la Coruña, ni menos ha de apelar a la conducción por vía marítima, distando tan sólo ocho leguas por tierra de la capital manufacturera.

Cuanto a la calidad y perfección de la manufactura o industria coruñesa en general, fuera tan descontentadizo el que no la declarase satisfactoria y henchida de esperanzas para el porvenir, como optimista el que la calificase al presente de inmejorable. Recuerdo yo que en la Exposición de Viena[28], en el departamento griego, divisé entre magníficas estatuas, soberbios chapiteles, armas damasquinadas e incrustadas de oro y piedras preciosas, un vaso, un tosco vaso de turbio vidrio indigno por su grosería de posarse en la mesa más humilde. No obstante, aquel vaso representaba un valor inmenso, superior quizá al de

[26] Nótese esta tímida protesta respecto a la secular postergación de Galicia y sus complejas causas; asunto al que la autora dedicará, años más tarde, algunos ensayos, artículos y discursos.

[27] Corrijo la errata: recibo.

[28] Se refiere a la de 1873, que doña Emilia visitó, tras su estancia en Ginebra en la primavera de ese año.

cuantas ricas preseas le cercaban: era el primer objeto de cristal fabricado en Grecia: era el albor de la industria en una nación.

Los productos de la Coruña, que la reciente exposición ha permitido apreciar están cierto muy por encima del vaso griego, y pueden enorgullecer a un pueblo punto menos maltratado de la suerte de Botzaris. Pero en la exposición coruñesa, como en todas las de Galicia, dañó al conocimiento y estudio de la industria regional lo que podré llamar el *sistema de la coquetería*. Esmeróse cada fábrica y cada artífice en uno o varios objetos primorosos, que no les es posible ofrecer en cantidad suficiente a las exigencias del público. La fábrica de dorados, por ejemplo, exhibió muebles que no construye para la venta: *et sic de coeteris*, todo el mundo vistió ropa dominguera y extraordinaria. No cabe duda en que ciertos productos, costosos y selectos, al alcance sólo de grandes fortunas, no logran venta, al paso que el artículo común y corriente tiene asegurado despacho. Pero una vez que esto es así; una vez que la producción real y efectiva de las fábricas se limita a lo que reclama el consumo diario, las necesidades menos refinadas, antójaseme que los cuidados y la atención debían consagrarse a mejorar y embaratecer[29] ese artículo usual, mejor que a presentar una obra exquisita que, en resumen, no ha de reproducirse nunca ya en los talleres. Puesto que el público no encuentra ni se sirve de vaso y copas *mousseline*[30], el orgullo y mérito de las manufacturas consistirá en exhibir las mejores, más sólidas y económicas piezas de vidrio. Pero presumo que ha de correr largo espacio el agua del Miño y del Ebro, y del Tajo undoso[31], antes que los españoles den a la industria el carácter práctico y serio que reclama[32].

(*Continuará*)

[29] Nótese la peculiar creación léxica de la autora (que no haría fortuna, pues el término no aparece en el *DRAE*), por "abaratar".

[30] De ese término francés (a su vez, derivado de Mosul, en Iraq, donde se hacía tal tejido), procede el español "muselina" ('tela de algodón, seda, lana, etc., fina y poco tupida', según el *DRAE*). Por extensión, también se utiliza para denominar algún tipo de salsa o puré especialmente suave. En consecuencia, acaso se refiera a las copas destinadas a servir tales salsas.

[31] Corrijo la errata: nudoso.

[32] *El Heraldo Gallego* / Tomo VI, num. 58 / Revista literaria. *irector propietario*: Valentín L. Carvajal. Administración, Lepanto 18. ORENSE.- Martes 31 de Diciembre de 1878. / Año V, nº 297, pp. 457-459.

La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

GALICIA Y SUS CAPITALES

(Fisonomías cívicas)

I

LA CORUÑA

por

Emilia Pardo Bazán

(*Continuación*)

Si en la Coruña son gaje para lo futuro las industrias que con mayor o menor impulso van desarrollándose en su seno, el comercio da en cambio testimonio vivo del cuantioso tributo que abona España a la fabricación del resto de Europa. Todo lo que se expende al menudeo, de fuera viene; y a excepción de ciertos ramos regionales, como la lencería, o nacionales como esteras, frutos pasos y azúcares, de fuera se recibe también cuanto se negocia por junto. No deja de contribuir Galicia a España con el resto de algún paño, percal, estampados, algodones, jabón y bisutería; pero incesantemente crece la facilidad de importar de Francia e Inglaterra, aumenta el número de viajantes que recorren las provincias ofreciendo muestras y tomando encargos, y los países que poseen innato el genio del tráfico y de la especulación y la ciencia de extraer monedas sin dolor, se apoderan de este aunque esquilmado, siempre fecundísimo territorio. Puede la industria española afligirse de la invasión extranjera; puede llorar su propio atraso; mas no puede, sin injusticia, quejarse a nadie ni de nadie. Si nosotros, que poseíamos el señorío de dos mundos hemos venido a menos y nos es fuerza rendir parias, en infinidad de conceptos, a naciones que nos cogieron la delantera[1] ¿remediaríase el mal con declaraciones ociosas? No por cierto. A despecho del sistema protector, a pesar de los subidos aranceles. Francia e

[1] No es posible leer sin pena el siguiente párrafo de una publicación francesa, párrafo que forma parte de un estudio acerca de la *Sección española* en la Exposición de 1878: "La agricultura de España no es aquella ingeniosa agricultura que transforma la faz de las comarcas... Harto se ve la prueba de ello en la parte de la Exposición, clasificada con el rótulo de *hortalizas y árboles frutales*. Total, catorce expositores! Y para eso, se cuentan con las hortalizas las simientes de mielga, trébol, cizaña, cáñamo, y barita! Con las frutas, la bellota, los gromos de abeto y otra vez las simientes de trébol y mielga!" Los españoles que conocemos la fertilidad del suelo, la magnificencia del clima patrio, perenne estufa en que pocas plantan dejan de hallarse como en su casa, ¡no hemos de deplorar que nuestra agricultura dé de sí tan mezquina muestra? (*Nota de la autora*).

Inglaterra hallan medios de expender artículos más nuevos, más acabados y más baratos, en general, que los españoles. No existen, pues, sino dos maneras de luchar y vencer a nuestros vecinos; o fabricar lo que ellas fabrican igualándolos en ventajas, o abandonarles ciertos terrenos (vgr. a Inglaterra la mecánica, a Francia el artículo-novedad, etc.) que les obliguemos a restituir doblado, y con sahumerio[33] lo que por otro concepto nos tomaron. Asimismo han menester los españoles para que les prospere el comercio, amoldarse estrictamente a él. Yo no sé si es que hemos nacido holgazanes o caballeros; ignoro si lo hacemos de puro hidalgos o de puro montaraces; pero sé que los españoles no conocemos la aguja de marear para esto de venta y cambio. El tendero español singularmente el de provincia y pueblo, gusta de estarse muy sosegadamente en su trastienda leyendo el artículo de fondo de algún periódico político, en zapatillas y mangas de camisa si el calor es recio[34].

Acoge el marchante con bronca sequedad que al fin y a cabo viene a turbar su dulce calma: saca el género como si sacara las telas del corazón[35]: no sufre que pongan la menor tacha a la mercancía y se impacienta, descomide y alborota a poco que el comprador la tase baja. ¡Condición por cierto bien diversa de la de aquellos fenicios y cartagineses, que tengo para mí que debían ser como unas mieles de insinuantes y afables, cuando, según los clásicos versos[36], hubo de atribuírseles incautamente la península ibérica.

Tiempo es de cerrar el paréntesis y salir de las asperezas de la civilización material y positiva, a las amenidades del arte. Hállase este en la Coruña más bien en germen que en decadencia, puesto que la decadencia supondría un florecimiento que rigurosamente no cabe decir que se produjo en periodo alguno. Ni era fácil se produjera dada la vecindad de la Jerusalén de Occidente, imán de la devoción durante toda la Edad Media, que atrajo a sí a los grandes arquitectos, escultores y pintores gallegos, asimismo a los cantores y músicos, que según declara Vidio en su *Historia y descripción de la Coruña*, eran después llamados por el Ayuntamiento coruñés para dar lustre a los festejos públicos, y decorar las

[33] Corrijo la errata (o error): zahumerio.

[34] También en "Marineda" se refiere al comercio de su ciudad, reiterando frases de este texto: "el tendero prefería al prosaico trajín de vender, el azucarado sosiego de la trastienda, donde leía, si era neo, *La Esperanza*, y si no, *La Iberia* o la *Discusión*, de patillas, de bufanda en inverno y en mangas de camisa, en verano" (274).

[35] Cfr. en "Marineda": "Después sacaba el género, como si se sacase las telas del corazón" (274).

[36] Ignoro a qué "clásicos versos" alude.

funciones solemnes. De arquitectura, arte privilegiado de las épocas de fe vigorosa, queda sin embargo en la Coruña alguna gallarda muestra: el interesantísimo pórtico de San Andrés, tan mal traído y descuidado, la portada magnífica de la parroquia de Santiago, portada cuya airosa ojiva y bello coronamiento tengo siempre ante los ojos, pues habito frente por frente de la iglesia[37]; la colegiata de Santa María, del onceno siglo. Mas son aislados ejemplares, frutos de momentos diversos de la historia. Santa María, verbigracia, ofrece un carácter bizantino muy marcado, y su estructura revela que nació al calor de aquella misteriosa y enigmática orden del Templo –que aún hoy se discute si fue legión de bizarros y católicos caballeros, o secta herética contaminada por nefandas atrocidades– y mi frontera parroquia de Santiago ostenta, en cambio, el sello ojival, no en toda su ascética delicadeza, pero ya bastante determinado, con un ángulo en que la recta y la curva pugnan, la una por dirigirse al infinito, la otra por contornearse con armoniosa suavidad[38].

Lo que muestra la Coruña henchida de orgullo, lo que la consuela de la falta de grandes monumentos, lo que la alivia la dentera que sufre al recordar la Plaza del Hospital de Santiago[39] , es su célebre Torre, el faro, cuyo origen se pierde en las tinieblas de edades, para Galicia rigurosamente prehistóricas. Triste e interesante camino el que conduce al viejo centinela de los mares! Bórdanle de una parte terrenos silíceos, peñascosos, en cuyas pardas y amarillentas fisuras cayó un puñado de tierra vegetal, y germinaron aliagas picantes, pálidos cardos, encendidas amapolas y, merced a un cultivo afanosísimo, desmedradas legumbres y míseras patatas. De la otra parte se extiende la brava costa al pensativo cementerio con su capilla desierta, pronta a repetir con singular poder acústico las palabras que en queda voz se pronuncien en los ángulos del peristilo; y a derecha e izquierda del camino se encuentran, al punto, casas que van haciéndose más pobres, hasta rematar en exiguos ranchos a cuyas puertas se revuelca entre el polvo de la vía pública un enjambre de chicuelos, frescos como

[37] Como saben bien los lectores de los cuentos de doña Emilia, son reiteradas las alusiones a esa portada, que veía (y aún puede verse) desde una de las ventanas de su casa en la Rúa Tabernas. Ya en su artículo "Marineda", en *De mi tierra*, recogía la idea: "se ve –tan cerca que se me viene encima, que me parece estarla tocando, y entre una piña de tajados, bohardillas y chimeneas- la fachada gótica de la iglesia de Santiago" (269).

[38] A partir del párrafo que sigue ("Lo que muestra la Coruña henchida de orgullo...") hasta el final de esta serie de artículos, se reproduce, con escasas modificaciones, en los párrafos finales (desde "El tesoro que luce Marineda con ufanía..." hasta "¡Es la *Vila*!") de su artículo "Marineda".

[39] Se refiere a la actualmente denominada Plaza del Obradoiro, en Compostela.

la aurora y sucios como muladares[40]. Pero a medida que avanzamos hacia la Torre ascendiendo por la sinuosa cuesta que guía al promontorio en que el severo vigía descansa, van faltando habitaciones humanas y quedámonos solos, solos con los sepulcros que se agrupan melancólicos, con las montañas que sombrías se alzan, en el horizonte, con el faro que ya nos flecha su mirada de fuego, con el océano[41] que muge y asalta la ribera, rompiéndose en las rocas y escupiendo su argentada espuma al nebuloso cielo! A los silbidos de viento desencadenado al perenne bramido de las olas suele unirse en pavoroso acorde el eco del cañoneo en que se ejercita la batería de artillería; eco que trae a la mente la imagen de batallas navales de buques en peligro, maridándose a maravilla con la aterradora música de la resaca y del vendaval[42].

Allá en los cimientos de la torre es fama que enterró Hércules su clava y con ella la cabeza ensangrentada de Gerión su enemigo. ¿Cuál será la verdadera historia, limpia de toda cizaña legendaria del antiquísimo monumento? "Ai posteri l'ardua sentenza"[43]. En mi humildad confieso que ante ciertos edificios y ciertos recuerdos la preocupación erudita me abandona, y me entrego a un sentimiento estético, no siempre originado de la belleza del objeto que contemplo, sino más bien del cuadro en que mi fantasía lo encierra. En el salón de Embajadores de la Alhambra, por ejemplo, veo yo toda la magia, toda la magnificencia, todo el arte exquisito de época arábigo-hispana: yo misma pueblo aquellas columnatas de Abencerrajes, yo cuelgo con la mente los tapices orientales de oro y seda en los alféizares hoy vacíos; yo apilo los almohadones y cojines, yo... Y maldita la gracia que me hace en aquel instante una explicación minuciosa encaminada a darme a conocer con qué fecha fija fue el salón construido, y qué monarca lo mandó labrar, y qué tiempo pudo invertirse en las filigranas y alicatados que lo embellecen.

Las dos veces que con intervalo de años subí la escalera de caracol que se enrosca por el interior del faro (no sin pensar con el malagueño Malina que "no tuvo consejo" quien deshizo la escalinata exterior, que ofrecería a buen seguro

[40] Esta descripción parece anunciar ciertas páginas de *La Tribuna*, de alguno de los *Cuentos de Marineda* y de *La piedra angular*.

[41] Corrijo la errata (o error): occéano.

[42] Corrijo la errata (o error ortográfico): vendabal.

[43] '[Dejo] a los que vengan la difícil sentencia': versos del poema "Il Cinque Maggio", escrito por Alessandro Manzoni en 1821, a la muerte de Napoleón Bonaparte; la frase responde a la pregunta "Fu vera gloria?" ('¿fue verdadera gloria [la de Napoleón]?').

pintoresco y sorprendente golpe de vista[44] en la ascensión) tocáronme[45] dos tardes diferentísimas, pero a cual más seductoras para quien se embelesa con estas niñadas de perspectivas y contemplaciones naturales. Era la primera tarde una del mes de mayo, nítida, apacible y majestuosa; plegara las alas el viento, y ni las amapolas del camino oscilaban por otra causa más que la de la propia pesadumbre de sus rojas cabecitas, mal sustentadas de los delgados tallos. Al llegar a la plataforma, en que una magnífica linterna con plantas giratorias sustituye ventajosamente al espejo encantado en que cuentan se reflejaban las naos enemigas a distancia de diez leguas, trasponía el sol la montaña de San Pedro, soltando doradas hebras de su expirante[46] luz sobre la móvil extensión del océano[47]. Este yacía en calma, y apenas una leve cinta de plata orlaba los negros escollos. Al iluminarse el faro, en los gruesos cristales de la linterna, y en su armazón metálica, viose de pronto un centelleo, que multiplicado por la refracción[48], ofrecido el espectáculo de un palacio o gromos, que irisaban rojos, azules, violáceos y anaranjados tornasoles. La segunda tarde que visité la Torre[49] soplaba un verdadero huracán y cuando descendimos de la plataforma, cegados por el viento, con el cabello en desorden y los oídos llenos aún del temeroso rugir del Cantábrico, parecíanos que el gran faro se burlaba de nuestra cobardía con su erguida actitud, con su pupila serena y resplandeciente a despecho de la tempestad[50].

(*Continuará*)

[44] Es frecuente en la autora este galicismo (por *coup d'oeil*), que algunos -como Alas- le criticaron.

[45] Corrijo la errata: tocándome.

[46] Corrijo la errata (o error ortográfico): espirante.

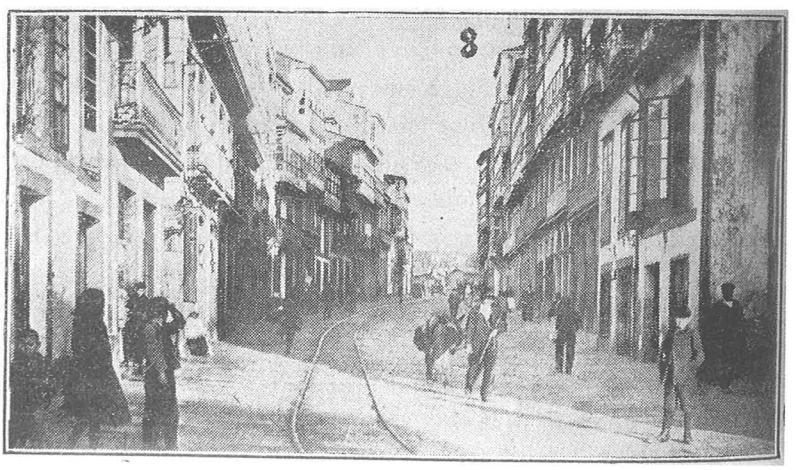
[47] De nuevo corrijo la errata (o error): occéano.

[48] Corrijo la errata: refacción.

[49] Al reutilizar estos párrafos en "Marineda", modifica el relato de esa segunda visita: "La segunda tarde que visité la Torre, fue aquella que no se ha borrado jamás de la memoria de Castro y Serrano, elegante autor de la *Novela del Egipto*. Si la contase él, con el cómico estilo que lo hizo un día en casa del librero Fe a Núñez de Arce, sería un plato delicioso para el lector. Hay que oírle cómo refiere aquella desatinada carrera al galope de cuatro jacas, en que creyó llegada su última hora, y en que el ruido del huracán no le permitía ni articular la pregunta: «¿Cuándo nos estrellamos aquí?»" (282).

[50] *El Heraldo Gallego* (5 de enero de 1879): año VI, nº 298, pp. 3-5.

Rúa Juana de Vega, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.



Rúa Nova, A Coruña. En *Vida Gallega*, núm. 39, 1912.
Biblioteca da Real Academia Galega.

La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA
MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

GALICIA Y SUS CAPITALES

(Fisonomías cívicas)

I
LA CORUÑA

por

Emilia Pardo Bazán

(*Continuación*)[51]

Acaso el más venerando monumento que decoraba a la Coruña, exceptuando este de la Torre, fuese el portillo, en mal hora destruido por la piqueta, desde el cual consumó María Pita su célebre hazaña. Bajo el arco que formaba aquella poterna no pasé yo nunca en mi niñez sin que me sobrecogiera religioso temor, que no era infundido por el prestigio de la renombrada heroína, sino por un rostro o faz de Jesucristo que, a la luz de mustio farolillo, se ofrecía allí a la devoción de los fieles. Poco recuerdo la santa efigie, ni el recinto que la guardaba, siendo tiernísima mi edad cuando se procedió al funesto derribo. Posteriormente se instituyeron unas fiestas en honor de aquella briosa hembra que puso en fuga a los ingleses, pero figúrome que si ella acertase a salir del sepulcro, perdonara el bollo por el coscorrón, es decir, las fiestas por el arco. El que dotado de inteligencia y celo, pudiese escudriñar los archivos de la Coruña, que guardan sin duda documentos inéditos y preciosos acerca de María Pita y del papel de libertadora del pueblo que desempeñó, lograría acaso hacerse dueño de los materiales indispensables para un interesantísimo estudio acerca de un punto curioso, y no bien dilucidado aún, de la historia gallega. Es opinión general en el día que los estudios históricos, para ser rigurosos y verdaderos, han de basarse en infinidad de monografías, que cada una aclare o desentrañe un importante hecho o momento de la historia: sin cuyo arbitrio tiénese por imposible que el historiador pueda explorar por sí solo tan inmenso campo; y como quiera que aún andan escasas las utilísimas monografías, a que no crezca[52] su número consagran vigilias y tiempo los que aman la ciencia histórica, haciendo de acarreadores para

[51] Esta última entrega de la serie es la más fielmente reutilizada por la autora para su artículo "Marineda", cuyos últimos párrafos (desde "Acaso el más venerando...", p. 282, hasta "¡Es la *Vila*!") coinciden casi literalmente con esta versión.

[52] Parece errata, pues el sentido lógico de la frase sería: A que no decrezca.

el edificio en que comprenden no es posible todavía haya arquitecto. Si deparase Dios a la Coruña algún discreto erudito que investigara lo referente al período de María Pita, segura estoy de que nos daría por fruto de su trabajo una figura histórico-popular en extremo interesante, muy diversa de la convencional María Pita que aparece en dramas y loas; una María Pita de carne y hueso, que en vez de declamar enfáticamente, viviese y hablase como genuina gallega del siglo XVI: una María Pita no con casco ni coraza clásicos, sino destocada, revueltas las trenzas, en haldas y en jubón, pintoresca en su lenguaje[53]; semejante, en fin, al delicioso tipo de la cántabra de enérgica musculatura y corazón fuerte, que el maestro Tirso nos pintó en su "Vaquera de la Finojosa"[54].

Ya no va quedando en pie lienzo alguno de las valientes murallas que soportaron el bombardeo inglés. La Coruña rompe su cinturón para que floten los pliegues abigarrados del caserío: abdica como plaza fuerte, se transforma en manufactura pacífica. A tiempo que escribo este estudio, el baluarte de Puerta Real, que aun se mantenía impávido produciendo en las noches de luna singular efecto, alfombra con sus escombros el polvo y el suelo. ¡Peregrina cosa! En tanto que el pueblo de la Coruña, cuando por azar piensa en sus trofeos militares, divisa siempre al enemigo bajo la forma de un hijo de la Gran Bretaña, los ingleses, que ya echaron en olvido, como es natural, todo lo referente al ataque y defensa de la Coruña y las aventuras de Drake y Norris, para acordarse de la guerra más reciente, en que se aliaron a España, llegan generalmente a la Capital de Galicia con aquel respeto con que llegamos a lugares que despiertan gloriosos recuerdos y honrosísimas memorias; y así se los ve ir como en romería al sepulcro de Moore, su compatriota, y al emplazamiento del campo de batalla de Elviña, a donde los conducen unos mansos y derrengados asnillos que perennemente se estacionan a la entrada del barrio de Santa Lucía, esperando con ejemplarísima resignación a que llegue un prójimo que haga presa en su espinazo. Este género de bagaje, sucesión de las acémilas de las tropas extranjeras en la época en que fue muerto Moore, va también a ser barrido por la oleada de la civilización

[53] A juzgar por esas frases, se diría que la joven Emilia (quien pocos años antes había escrito su drama *El mariscal Pedro Pardo*) tenía el proyecto de escribir una obra (loa, drama) sobre ese personaje.

[54] Parece que la autodidacta escritora confunde la famosa serranilla del Marqués de Santillana ("Moza tan fermosa / non vi en la frontera, / como una vaquera / de la Finojosa") con la comedia de Tirso *La gallega Mari-Hernández* (en sus *Doce comedias nuevas*, 1631). Al reutilizar estos párrafos en "Marineda", corrige la referencia: "la cántabra de energía, musculatura y corazón fuerte que el maestro Tirso nos pintó en su Mari-Hernández" (283).

moderna. Los coches y ómnibus se multiplican; el ferro-carril cruza por muchos de los pueblecitos a que antes se iba borricalmente: el lugar en que jumentos y alquiladores aguardan cachazudos a que les salga un parroquiano, se dividirá en solares y se aumentará aquel floreciente arrabal, ya cuajado de construcciones nuevas y rápidamente creadas. De suerte que el alquilador, con su chaleco de panilla, atravesado en la espalda por un compás de paño escarlata, con su faja enrollada[55] sin pizca de garbo, con su pantalón de campana, remendado en las rodillas, con sus caderas que ya descoyuntó para aprender el paso gimnástico de andadura, con su cigarro detrás de la oreja, que enciende o apaga a cada caída del rucio, con su vara de mimbre o taray, y su sombrero de fieltro con borlas, derribado hacia atrás porque descubra la guedeja que orna la frente, es un tipo característico llamado a desaparecer en plazo más o menos corto[56]. ¡No es poco lo que ya ha decaído! Doce años ha próximamente, era todavía el alquilador complemento obligado de toda gira o fiesta campestre[57]. Entre las provisiones y fiambres dispuestas para la merienda contábase siempre la tortilla y el vino clarete destinado a los alquiladores; y apenas rayaba en los cielos la rosada luz matutina, ya alquiladores y borricos con alegre tumulto, acudían a despertar a los perezosos expedicionarios. No se oía sino el menudo trotecillo asnal, que con eco metálico resonaba en las losas de la calle; el vivo repiqueteo de los cascabeles, y los ¡arre! ¡sooo! Modulados en tonos diversos. Pasábanse de ordinario tres cuartos de hora antes que la cabalgata se acomodase en sus respectivas monturas: cual le corría el albardón hasta la cola, a la otra se le marchaba por las orejas, y todas indefectiblemente todas, al sentir en los lomos el peso del jinete, vacilaban, doblaban las corvas enviándole de ordinario a medir el suelo. Ello paraba en risas y algazara; y en tomar el buen humor de la comitiva subido punto. Establecíase durante la jornada una amigable comunicación entre alquilados y alquiladores; repasaban estos, para solaz de aquellos, todos los cuentos y chascarrillos de

[55] Corrijo el error ortográfico: enrrollada.

[56] Nótese en esta breve descripción su clara deuda con la técnica del género costumbrista, que la autora cultivó por estos años en el mismo periódico orensano (cfr. "Bocetos al lápiz rosa. La moda y la razón", nº 214, 30 de mayo de 1877; "Bocetos al lápiz rosa. El oficio de poeta", nº 218, 17 de agosto de 1877; "Bocetos al lápiz rosa. Los contratos sociales", nº 219, 30 de agosto de 1877; "La evolución de una especie. I. La especie antigua", nº 224, 15 de octubre de 1877; "La evolución de una especie. II. La especie actual", nº 225, 20 de octubre de 1877; "El cacique", nums. 264, 265, 266; 10, 15 y 20 de mayo de 1878).

[57] En "Marineda", además de modificar la referencia al tiempo transcurrido, introduce aquí un moderno anglicismo: "Veinte años ha próximamente, era todavía, el alquilador, complemento obligado de toda gira o pick-nick" (285).

su no muy selecto repertorio: siendo de advertir que cada alquilador era una gaceta o crónica, pues a nadie desconocían ni ignoraban la vida y milagros de santo alguno, los alquilados[58] –particularmente si pertenecían al bello sexo– se mostraban por extremo afables y "bons princes"[59] influyendo para este resultado el temor de que alguna maña del jumento para ellos ignota y sólo del alquilador conocida, los condenase a besar el polvo de la carretera o los guijarros de los caminos hondos. ¡Y los borricos, qué sueltos, retozones y correteadores cuesta abajo, qué mustios, tercos y remisos cuesta arriba!

En estos tiempos, va sustituyendo a la cabalgadura de Sancho el coche[60], como a los vendedores de agua de limón reemplazan los kioscos. Así es que las romerías y excursiones a los alrededores no ofrecen el carácter especial que antaño tuvieron. La Coruña, que tiende a la vida fabril, se aficiona, como solaz público y popular, a la música, arte de los pueblos sensatos y tranquilos. Es indudable que el gallego posee aptitudes[61] musicales, organización sensible para la armonía: díganlo si no los cantos populares, cuyos motivos son extrañamente poéticos, de un subjetivismo delicado y profundo. Lástima grande será, pues, que no empiece su cultura musical en regla, rechazando el elemento melódico francés e italiano e inspirándose en el alemán, tan adecuado a su genio. La Coruña sostuvo (poco tiempo en verdad) una revista musical muy completa; y siempre que juntamente ha celebrado certámenes musicales y literarios, mostróse el público tan indiferente a los segundos como entusiasta de los primeros. En el certamen musical se advertía cierto recogimiento, señal infalible del interés que en la concurrencia despertaba; y a no prolongarse, como el del presente año, cuatro o cinco horas de música son parte a rendir al mayor aficionado. Atraviesa el deleite musical tres fases: en la primera, despiertas las facultades todas, escuchamos atentamente; en la segunda, arrebatado ya el ánimo, devoramos todo el hechizo de la armonía; en la tercera nos saltea un blando sopor, a manera de adormecimiento vago, tras el cual llega ya la flojedad y el cansancio. Los conciertos muy prolongados producen este último efecto. En los que en Madrid dirigía Monasterio[62], por cierto con gran tino e inteligencia, del alcance y fuerzas

[58] Corrijo la errata: los alquilando.

[59] La locución francesa "être bon prince" (literalmente: 'ser buen príncipe') podría traducirse como 'Dar pruebas de tolerancia y generosidad'.

[60] En "Marineda" escribe: "En estos tiempos, va sustituyendo a la cabalgadura de Sancho el riper" (y suprime lo que sigue, a propósito del agua de limón y los kioskos).

[61] Corrijo la errata (o error): actitudes.

[62] Jesús de Monasterio (1836-1903), violinista cántabro, director del Conservatorio nacional de Música, impulsor de la actividad musical madrileña a través de la "Sociedad de Conciertos de Madrid", que fundó en 1866.

de su auditorio, advertíase hacia la conclusión, cierto decaimiento de ánimo: eran los aplausos más lánguidos, estaban las fisonomías un tanto abatidas, desfilaba mucha parte del público sin aguardar el final, y llegado este, con prisa y regocijo se lanzaban los espectadores a restaurar su sistema nervioso, con el aire puro, el sol y las lilas y acacias floridas del paseo[63].

Pocas veces presenta la Coruña aspecto tan curioso como los días de mercado, señaladamente en la serena estación otoñal en que escribo estas páginas[64]. Paisanas y paisanos inundan la ciudad, trayendo en sus cestas los frutos regaladísimos del establo, del corral y de la huerta. Son de ver las pintadas gallinas, las palomas asustadizas, la legumbre húmeda aún del fresco rocío de la mañana, que resbala en aljófares por las satinadas hojas de repollo y escarola, o hace brillar como coral pulido los rojos tomates. Dejan los labriegos a las placeras su sana y apetitosa carga, y derrámase por calles y callejuelas en busca de artículos que suelen ser de primera necesidad. Ferian entre alguna cosa necesaria, bujerías como sartas de cuentas, zarcillos de plata sobredorada, medallones de similor y otros arambeles igualmente deslumbradores, cuyo brillo y gayo colorido habla a su imaginación primitiva. Yo les veo mil veces, en el lugar llamado Campo de la Leña (y también de la Horca) pararse fascinados por algún dije que las tiendas al aire libre ostentan. Apenas comienza el ajuste, es de notar la maña que para el regateo despliega[65] el hijo del campo, y la habilidad casi judaica con que el vendedor retorna trata por treta, tejiendo mañosamente la red en que al cabo han de ir a prenderse los cuartos que con amor acaricia la mano callosa del marchante. Ándanse los paisanos por el vasto bazar, cuya cubierta son las copas de los árboles, y recorren sus sinuosas calles –cuyas aceras forman montones de ropa vieja y trapos– con el paso torpe y atado que se observa siempre en el hombre trabajador cuando se pone traje dominguero. Tan suelto como se ve el labriego en el predio, con sus zaragüelles de lienzo y su arremangada camisa, tan preso, entablillado y embutido se halla con sus arreos majos de paño y terciopelo. Forman sus piernas y brazos ángulo con el tronco a guisa de piernas y brazos de muñeco o figurón rellenos de paja. Las mujeres que por naturaleza saben aliñarse, hace mucho mejor efecto, cuando sacan también el fondo del cofre: su cara

[63] Toda esta larga digresión acerca de las aficiones y aptitudes musicales de los gallegos, *así como a la excesiva duración de los conciertos, desaparece al reutilizar este texto en* "Marineda".

[64] Aunque esta parte del artículo se publica en enero de 1879, la autora declara haberlo escrito algunos meses antes.

[65] Corrijo otra vez la errata (o error): desplega.

recién lavada, sin mudas ni afeites, trigueña y gazmoñilla[66], su porte honesto y acompasado, sus pañuelos de vivos tonos, que parecen ramos de flores silvestres, realzan la hermosura de las que son bellas, y aun disimulan la zahareña fealdad de aquellas a quienes Hebe negó sus dones preciados. Libres de la cesta, en que trajeron las morenas patatas o el dorado melón, van dos a dos y tres a tres por las calles que se dirigen al templo de San Nicolás desde la plaza de abastos. Cada escaparate es una magia, un bebedizo cada percal estampado, un filtro cada gorro de recién nacido ornado de flores de trapo, lentejuelas de plata y airones rojos: gorro que la madre ve ya en sueños circundando la carita de rosa del último fruto de sus entrañas. Ya en su hogar, y al lado del pote que hierve, o del telar que gime, las mozas departen, no sin admirativos apóstrofes, acerca de las magnificencias de la "vila"[67].

[66] Corrijo la errata: gazmonilla.

[67] *El Heraldo Gallego* (25 de enero de 1879): año VI, nº 300, pp. 19-22.